

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8121

PERIÓDICO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico. No se responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no recibirlos, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido I.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION DE ESTE PERIÓDICO.

EXPENDEURÍA ESPECIAL DE TABACOS HABANOS Y FILIPINOS

ALEJANDRO C. ORDOBA,
MAYOR, 36.

TABACOS HABANOS.

PICADURA, de varias clases, de las más acreditadas marcas de la Habana á 7.50 pesetas la libra. Medias libras á 4 pesetas.

CIGARROS PUROS, de 75 vitolas, de las marcas Villary Villar, — Flor Trespacios, — Bancos y Suñes, — La Carolina, — Hijos de Cabañas y Carvajal, — Estanillo, Aguila de Oro, — Upanan — Bancos y López, El Eden, — Bancos y López, Lo mejor. Desde 0.20 pesetas, hasta 60 pesetas el cigarro.

TABACOS FILIPINOS.

PICADURA, marca La Isabela, de dos clases, de 6 y 6.50 pesetas libra.

CIGARROS PUROS, de 38 vitolas, desde 0.7 á 0.60 pesetas.

CIGARRILLOS, suaves de 0.35 y 0.40 pesetas.

Jueves 29 de Noviembre 1888

LA PAZ ARMADA.

Quizá, desde el punto de vista económico, la paz armada constituya un peligro más serio para los grandes intereses sociales que la guerra misma. Las naciones centrales de Europa forman algo semejante á un vasto campamento; el presupuesto militar lo absorbe todo; los estadistas, los hombres de armas, cuantos están en el secreto de las cancillerías, se preocupan no más que de mejorar el armamento, estudiar su alcance, su precisión, sus circunstancias, en una palabra, lo que puede llevar á la solución de un problema terrible, al que fían hoy su grandeza y su suerte los estados modernos: matar más gente en menos tiempo.

Se comprende que situación semejante no sea la más propia para inspirar confianza ni para desenvolver la agricultura, la industria y el comercio; no hay hoy más arte en acción, que el de la guerra; ni más ciencia, que la balística; ni más estudio, que el de la movilización de grandes masas.

Todo son recelos y temores. Rusia busca el camino de la India, y persigue con tenacidad y paciencia inquebrantables la intención de herir en mitad del corazón á su rival Inglaterra. Por la parte del Rhin todo se vuelven conflictos y choques. Los pequeños principados danubianos continúan siendo la amenaza de la discordia apetecida por los colosales que los rodean. Por las fronteras de la Galitzia, Austria y Rusia concentran sin cesar soldados bajo el especioso pretexto de las necesidades de guarnición.

No cabe, no puede haber, confianza ni seguridad. La vida del comercio, vida que requiere horizontes despejados y limpios, porque los intereses que representa son grandes, languidece: el movimiento industrial se detiene; la agricultura se paraliza también, puesto que los brazos llamados á manejar el apero, empuñan el fusil.

Las nubes que se ciernen sobre Europa llevan en su seno la tempestad. De vez en cuando surgen chispazos y algún relámpago que otro cabrillea en el horizonte político; no son muy intensos todavía, pero tienen, sin embargo, el poder luminoso bastante para probar que la atmósfera está saturada de electricidad.

Los rumores belicosos, las noticias guerreras, los síntomas de próximos trastornos han tomado consistencia de pocos días á esta parte. Acaso contribuya á ello el

deseo de malograr el empréstito ruso contratado en Francia; mas de todas suertes, el cielo se oscurece y tales rumores no tienen ciertamente la misión de inspirar confianza.

Y la verdad es que no está la Magdalena para tafetanes, como decimos aquí en España.

No hay más que hacerse cargo del lenguaje que emplea una parte de la prensa de Europa para comprender que los asuntos internacionales van tomando mal cariz.

Un diario militar oficial de Roma asegura que tan pronto como el Consejo de Ministros italiano esté de acuerdo sobre las demandas formuladas por los Ministros de la Guerra y de Marina, se presentará al Parlamento un proyecto de ley que se pedirá sea discutido antes de las vacaciones de Navidad. Los Ministros de la Guerra y de Marina no podrán tomar en tiempo oportuno las medidas que requiere ahora más que nunca la situación anormal de Europa. Como se ve, esta declaración no tiene nada de pacífica.

Por otra parte el gobierno inglés está resuelto á aumentar considerablemente las fuerzas navales del reino. Se anuncia que en la Cámara de los Comunes se va á presentar un proyecto, según el cual, se deben construir rápidamente lo menos ocho acorazados de primera clase, unos veinte cruceros de gran marcha y numerosos torpederos.

Aunque de otro carácter distinto, no deja de ser expresivo un despacho telegráfico expedido en Viena, por el cual resulta que con motivo de una fiesta dada por el vicelmirante austriaco Wiplinger en honor de los oficiales de la marina alemana que se encuentran en el puerto de Trieste, se han pronunciado entusiastas brindis por las escuadras de estos países, por el príncipe Enrique de Prusia, capitán de corbeta de la marina austriaca, y por la fraternidad de los ejércitos de Austria y de Alemania.

Vese en todo esto algo que revela el pensamiento belicoso de la triple alianza, y bien lo viene á corroborar otro despacho de Londres que publica «The Standard» con referencia á otro de Berlín, en donde revelan ciertas inquietudes respecto de la situación de Europa, cuya paz no juzga completamente asegurada, añadiendo que el estado de las cosas ha cambiado desde la semana última, y que hay nubes que cubren el cielo político.

Con tales antecedentes no es de extrañar que la inquietud haya vuelto á renacer por

todas partes, puesto que aparecía de nuevo como hemos dicho, los obstáculos que se creían vencidos ó al menos aplazados hasta una época más lejana. Siempre existía el temor de que en tanto que fueran en progresión los armamentos de las primeras potencias de Europa, la paz estaba asegurada con un caballo, pero se confiaba y aun se puede confiar en el buen sentido de los pueblos, porque si llega el terrible momento de que se dispare el primer cañonazo nadie podrá calcular á dónde alcanzarán los resultados.

Variedades.

Charada.

Mi primera es una letra también una negación, la segunda es una cosa sin la cual no hay religión. El todo es una sustancia que sin ser de precisión por el mundo se ha extendido su uso con tal profusión, que no hay hombre de buen gusto que no le tenga alición.

José Martí y Mata.

¡LA LOTERÍA!

¿Qué necesidad tenía yo de que me hubiera tocado la lotería?

Si me hubiera tocado, me he descarrilado.

Cálma. La lotería tiene de todo: no siempre sus efectos son absolutamente buenos.

Yo vivía sólo, sin familia, porque no la tengo; desempeñaba un destino por el que tenía asignado un sueldo de 12.000 reales anuales.

Sin más atenciones que la de mi sola persona, y no acostumbrado nunca á grandezas, vivía como el pez en el agua.

Mis vicios consistían en fumar, tomar café y jugar á la lotería.

La suerte quiso que un día acertase el premio mayor, y de la noche á la mañana me ví hombre de 40.000 duros.

Con una fortuna así en mis manos, creí que no debía servir más mi destino de 12.000 reales y, empecé por dejarlo.

Libre ya rico, y sin más voluntad que la mía decidí ver mundo y en efecto á los pocos días embarcándome en un magnífico vapor, salí para Barcelona.

Como yo leía pocos periódicos, ignoraba que para aquel día estaba anunciado un terrible ciclón.

A las cinco de la tarde, nos hicimos á la mar y á las ocho de la noche empezamos á sentir las primeras rachas de lo que luego fue un temporal que comprometía nuestras vidas.

Desde que el barco empezó á bailar, mi estómago siguiendo los vaivenes del bagel irradió en mí un mareo, vulgo cambio de peseta, que sólo el que lo haya pasado puede saber lo que yo sufrí.

Los movimientos del buque aumentaban por instantes, y mi mareo con ello iba subiendo de punto en todas sus manifestaciones.

El viento arreciaba de un modo violentísimo, y mi miedo salido de madre tomó proporciones alarmantísimas, pero apesar de él el vómito seguía en todo su apogeo.

Yo me acordaba de mi casa, de la cama que aunque no lujosa, estaba fija y en ella reposaba tranquilo; de mis amigos á quienes no

creí ver más de mi vida que estaba á punt de perderla, y era de más interés, si cabe, que el de no ver á los amigos.

¿Qué será de este dinero?... me decía yo pero pronto me contestaba: «después de muerto yo, lo mismo me da que sea para el sultán de Marruecos, como para el primer tibetón, que por un error se lo tragó».

A las dos de la madrugada, el capitán de vapor que trabajaba como un héroe, con una voz de cañón, puesto sobre el puente pronunció un brevisimo discurso, elocuente como él solo y tranquilizador como pocos.

Ante el recuerdo, dijo así: «¡Señores!... nada queda que hacer: estamos perdidos, si alguno quiere recibir los sacramentos, que se lo manifieste al capellán. Designación.»

No sé lo que ocurrió al pasaje en general; á mí me dio un síncope tan superior, que desperté á los dos días, cuando fuera de todo peligro, estábamos anclados en el puerto de Barcelona.

Despierto ya: reconocido minuciosamente hasta convencerme de que estaba vivo, mudado de ropa exterior é interior porque fue preciso mudarla toda, tomé un bote y me fuí á tierra mirando hacia atrás y diciendo para mí «no me pescarás más.»

Llegué al muelle de La Paz, desembarqué y me marché á una fonda de la Rambla, donde por seis pesetas diarias, me dieron una habitación interior bastante regular.

Pasaron ocho días y la verdad es que yo estaba satisfecho de aquel país.

Dedicaba las tardes á ir á los magníficos cafés, donde hay costumbre antigua de ir hasta las señoras.

Por las noches alternaba entre el Liceo, magnífico teatro, el principal donde actuaba una compañía dramática y alguno de los tantos en que se daban funciones por hora.

Todo iba en popa, y yo ya hasta casi olvidando el viaje por mar.

A los nueve días me sentí con dolor de cabeza, algún escalofrío y mucha sed.

Así pasó el día, pero al siguiente se acen tarados los síntomas de tal manera, que hube de quedarme en cama y llamar á un médico.

A los 45 días hice mi primer pino levantándome de la cama, después de saber por boca del mismo médico que había estado si las lio ó no, de unas viruelas confluentes de mala especie.

Después supe por un incidente puramente casual, que en la habitación que yo ocupaba había muerto un desgraciado de esa enfermedad.

Esperé tomar algunas fuerzas para mudarme de fonda; ya que no por el contagio, pues había pasado, por no deber estar donde tan mal me trataban.

Llegó ese día, me puse á arreglar mis mundos y ¡oh tercera desgracia!... me encontré robado.

De 10.000 duros que llevaba en papel, me habían quitado 6.000.

Llamé al dueño de la fonda, avisé al juzgado; se armó la gorda y á los cuatro meses tuve que abonar 500 pesetas, gastos de juez, secretario, procurador, alguacil, cocineras de ambos, asistentes, etc., etc.

Tomé el tren y vine á casa, donde me encontré con la novedad de que la de comercio donde yo deposité la mayor parte del caudal obtenido por la lotería, había quebrado.

Ajusté cuentas y me ví muchas pagadas ya de médico, practicante, farmacia, pucheros con ó sin gallina, con ó sin jamón, y últimamente, una que no pagué de la funeraria, porque el foudista, hombre previsor, me ha-